

Golpe a Venecia

Golpe a Venecia

MANUEL AYLLÓN

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2009, Manuel Ayllón Campillo
© 2009, Styria de Ediciones y Publicaciones S.L.
Tuset, 3, 2º – 08006 Barcelona
www.styria.es

Primera edición: marzo de 2009

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO
Diseño de la cubierta: Enrique Iborra
Maquetación: Cristina Payà (www.ipstudio.es)
ISBN: 978-84-96626-xx-x
Depósito Legal: B-xx.xxx-2009
Impresión y encuadernación: Jam S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Índice

1.	9
2.	21
3.	33
4.	45
5.	53
6.	64
7.	77
8.	87
9.	94
10..	112
11..	120
12..	130
13..	141
14..	150
15..	157
16..	166
17..	174
18..	185
19..	187
20..	195
21..	205
22..	212
23..	228

ÍNDICE

24..	236
25..	245
26..	255
27..	262
28..	272
29..	278
30..	286
31..	296
32..	304
33..	310
34..	316
35..	325
36..	336
37..	346
38..	356
39..	366
40..	375
41..	380
Epílogo	387

Villa de Madrid, septiembre de 1613

Su cabeza estaba a punto de reventar. Los golpes que incansablemente daban en la puerta parecían puñetazos que en cualquier momento podían transportarle al mundo de la locura. No sabía qué hora era, ni le importaba. Lo único que quería era continuar durmiendo, pero había alguien dispuesto a impedirsele. En un acto reflejo palpó el vencido colchón sobre el que estaba tumbado en busca de una almohada. Cuando la encontró, tiró enérgicamente de ella y se tapó la cabeza en un intento absurdo de volver al paraíso de sus sueños de borracho.

Los golpes continuaron. No una ni dos veces, sino muchas más, o al menos eso le parecía por el eco que retumbaba en el interior de su cabeza. El ruido era tan insistente que, por mucho que se empeñara, no podía seguir durmiendo. Aún así se negaba a abrir los ojos. Le daba miedo hacerlo, temía que si lo hacía se iba a encontrar con un espectro del Averno, como los que se la aparecían alguna noche que se había propasado con la bebida.

Uno, dos, tres... los porrazos se repetían, ya no como un martilleo sino con un gigantesco tambor de Semana Santa marcando el caminar de los penitentes. Le habían despertado, así era imposible retomar el sueño, pero él continuaba negándose a abrir los ojos; evidentemente ni se le pasaba por la cabeza levantarse y abrir la puerta. Casi por instinto reagrupó el desbordamiento de sus carnes y se aferró, todavía con más fuerza, al almohadón que le servía de escudo. Fue en ese momento cuando cesaron los golpes, pero comenzaron los gritos.

—¡Don Francisco...!

Aquel grito le sobresaltó. A pesar de toda la nobleza que él aspiraba a tener, y el señorío de apariencias del que hacía gala siempre que podía, eran

muy pocas las personas que le llamaban Don Francisco. La mayoría se dirigían a él por el patronímico de Quevedo, aunque cuando él no estaban delante, o creían que no oía, utilizaban toda clase de motes y calificativos a cual más despectivo. Don Francisco era muy raro que le llamaran, pero como le gustaba, tenía identificadas a todas las personas que lo hacían. Intrigado por saber quién podía ser, se quitó el almohadón de la cabeza para volver a escuchar un grito que estaba seguro que se iba a repetir.

—¡Don Francisco...! ¡Despierte...!

Entre los pocos que le trataban de esa manera, sólo uno podía hacerlo con esa mezcla de respeto y descaro, y ese no era otro que Martín. Tenía que ser él, pero... ¿Qué podía querer el administrador del duque de Osuna?

Hacía casi dos años que su amigo y protector, Don Pedro Girón, III duque de Osuna, se había marchado a Italia. El rey, Su Majestad Católica Felipe III, le había nombrado virrey de Sicilia. Ese puesto había colmado sus aspiraciones, o eso pensaba Quevedo. Desde el mismo día que conoció su nombramiento le pedía que le acompañase, pero él se negaba. Aún así Osuna insistió una y otra vez, quería tener a su gran amigo y mejor consejero cerca para que le ayudase a hacer frente a todos los problemas que de seguro le iban a surgir.

Quevedo era un hombre curtido en la intriga política, aunque lo correcto sería decir en cualquier clase de intriga, desde las infidelidades de patio de corrala a las grandes alcobas de la nobleza, pasando evidentemente por las rencillas de taberna. Cuando se sinceraba en sus pensamientos solía repetir: la conspiración es la máxima expresión de la ambición humana. A lo largo de su vida, en la que había recorrido muchos menos años de los que aparentaban sus agotadas carnes y fatigado espíritu, había hecho de la conspiración una forma de vida. Había traicionado y había sido traicionado, pero con Osuna todo era distinto. Eran amigos, amigos de verdad, de esos que se conocen tan bien que aceptan las debilidades del otro; por eso nunca discutían y estaban siempre dispuestos a pedirle el otro aquello que pudiera necesitar. Así era su relación, sincera y provechosa, pero como los dos lo sabían nunca habían tenido ningún problema.

Antes de partir hacia Sicilia Osuna le había rogado hasta la saciedad que le acompañase, le había implorado como nunca lo hecho con nadie, ni siquiera con una de esas mujeres a las que, en menos de lo que dura un vaso de vino, les había prometido la Mar Océana y lo que hay después con tal de conseguir sus favores. Pero Quevedo se había resistido. El poder era su am-

bición oculta, el dinero el objeto del pecado, pero su verdadera pasión era el Olimpo de las Letras, y ese sólo lo podía alcanzar en España. Italia, por mucho que perteneciese a la Corona española, era un país extranjero, con lengua extranjera, que jamás reconocerían su arte. Esta fue la principal razón que le llevó a rechazar la petición de su amigo, aunque Osuna estaba convencido de que esto únicamente era una disculpa por otra razón mucho más íntima que ni siquiera a él, a su único amigo, se la quería contar.

—¡Don Francisco...! ¡Abra la puerta...!

La voz de Martín sonaba más contundente. Sabía que Quevedo estaba en esa habitación, y el escritor era consciente de que su acosador no abandonaría la presa que se había propuesto cazar. Nunca lo hacía. Cuando el administrador quería algo, insistía hasta la saciedad.

Sin saber cómo ni de dónde sacó las fuerzas, soltó un grito...

—¿Qué sucede...?

—¡Abra la puerta, señor...! ¡Traigo un recado muy importante!

No le dijo de quién era pero Quevedo sabía de sobra que era de Osuna. Lo que le extrañaba eran la manera y las formas. Cada vez que su amigo le enviaba una carta, o uno de sus generosos regalos para abrirle el apetito siciliano, iba a buscarle a su casa uno de los criados de palacio. Si no estaba le dejaba aviso y luego él pasaba para ver qué era lo que ocurría. Por eso el hecho de que Martín estuviese golpeando esa puerta quería decir que algo grave tenía que haber ocurrido.

—¡Voy...! ¡Espera un momento...! —gritó Quevedo mientras presionaba el cojín sobre su cabeza.

No le quedaba otra opción. Tenía que levantarse a pesar del terrible dolor en las sienes, sin ninguna duda fruto de los excesos etílicos de la noche anterior, o de hace un rato, porque la verdad es que no sabía qué hora era.

Al apoyarse en el colchón para incorporarse su mano se posó sobre un cuerpo, blando y sudoroso, que yacía a su lado. Fue entonces cuando se dio cuenta que no estaba en su casa, que la noche anterior había acabado muy tarde su ronda de tugurios. El orden en que los había visitado era lo de menos. El caso era que, una vez más, había recalado ebrio y desarbolado en la fonda de *La Mora*, una viuda de tez y pelo muy moreno, con cuatro hijas a las que sacaba adelante con los ingresos que le proporcionaba un negocio, modesto pero limpio, destinado al acomodo de los comerciantes que visitaban Madrid, y a aquellos madrileños que por una u otra razón necesitaban pasar la noche fuera de casa.

El héroe de las Letras, al menos era así como él se consideraba, vivía en la calle del Buen Pastor. Un hombre de su posición, o mejor dicho, de la posición que él aspiraba a tener, necesitaba una casa aparente, con el suficiente servicio; y eso era algo que con mucho esfuerzo había conseguido. Sus ansias sociales le obligaban a vivir como un noble de nuevo cuño, de esos que todavía no pueden permitirse el lujo de despertarse en su cama acompañados de una prostituta, sin importarle lo que puedan pensar o contar los criados, porque para ellos la servidumbre está hecha de una naturaleza distinta a aquellos a quien sirven, y por eso tienen una concepción diferente del pecado. Otra cosa es que el libertino de turno tuviera la tentación de caer en el vicio nefando, pero mientras fuera con mujeres daba igual el quién, cómo, cuánto, dónde y por qué. Es más, ni siquiera hacía falta llevar la cuenta ni acordarse al día siguiente por si se cruzaba con la fémica en el Paseo del Prado o saliendo de Misa en la iglesia de la Santa Cruz.

Quevedo tenía el cuerpo dolorido pero su mente empezó a moverse con su agilidad habitual, extraña en un tullido aburguesado. Martín estaba buscándole como un poseso, pensó, y encima lo estaba haciendo, no en su casa, sino en una fonda de medio pelo en la que se refugiaba cuando quería dormir la mona. Algo grave tenía que estar ocurriendo, se dijo queriendo calibrar la naturaleza del asunto que al parecer le reclamaba.

Cuando consiguió incorporarse se sentó en un lado de la cama, con los pies apoyados en las placas de adobe que apenas cubrían el suelo de tierra batida; había hecho lo más difícil. Palpó su cuerpo, vio que llevaba puesta la camisa y se tranquilizó, no necesitaba nada más para abrir la puerta porque las faldas cubrirían su impudicia. Con esfuerzo se levantó, y como un autó-mata se dirigió a la puerta guiándose por el pequeño resquicio de luz que pasaba por las rendijas de las contraventanas.

Una vez alcanzado su objetivo respiró dos veces y abrió la hoja con contundencia. Lo hizo como si fuera un príncipe de la Iglesia abriendo la cancela del Cielo, y no como un literato resacoso en la inmundicia de un lamentable amanecer.

—Por fin le encuentro, Don Francisco. Llevo horas buscándole.

Quevedo sabía que eso era imposible. Si estaba allí era porque se lo había dicho *El Fabi*, su antaño criado hoy reconvertido en secretario desde que tenía casa y servidumbre. *El Fabi*, Fabián Cifuentes en su partida de bautismo, ya no aquel aguerrido mozo que le acompañaba en sus noches de juerga. El ascenso social de su señor también le había encaramado a él, y por eso pretendía com-

partir mesa, vino y lo que surgiera con aquel para quien había dormido sobre el serrín de la cocina. Esas confianzas no le gustaban a Quevedo, por eso le dejaba al cuidado de la casa mientras salía a sus asuntos. Aun así *El Fabi* siempre sabía donde encontrarte, y si Martín estaba allí era porque él se lo había dicho.

Sin esperar a que Quevedo dijese algo Martín le explicó el motivo de su insistencia:

—Es importante que venga a palacio, el señor duque le ha enviado un mensaje.

—¿Un mensaje? —pensó Quevedo...— ¿Y por qué diantres no me lo ha traído éste? O mejor dicho... ¿por qué no lo ha dejado en casa para cuando yo regrese?

Martín imaginó las dudas de su interlocutor y le repitió:

—El señor duque ha insistido en que es muy importante, y ha ordenado que lo reciba personalmente. Por favor, le ruego que me acompañe.

—Ya pasará después.

—No me obligue a implorarlo. Por favor, venga ahora conmigo.

Quevedo se dio cuenta de que tenía que ser grave lo que estaba ocurriendo, por lo que se dispuso a actuar con celeridad.

—¡*Mora...*! —gritó ante el estupor de su interlocutor.

En ese momento apareció la dueña de la fonda llevando una palangana con agua. La mujer había reconocido al administrador de Osuna de alguna que otra vez que se había dejado caer por su casa para pagar las cuentas de su señor; al igual que su cliente ella también era consciente de que algo grave estaba ocurriendo. Conocía a la perfección a Quevedo, y por eso sabía que no se iba a quedar durmiendo la mona.

En pocos segundos estaba en la puerta de la habitación. Martín estaba paralizado en el quicio, y ella le apartó para entrar con la palangana y dejarla en una mesa. Una vez que lo hubo hecho salió apresuradamente y regresó a los pocos minutos con una camisa impoluta.

Quevedo se quitó la pestilente blusa que llevaba puesta. Se quedó desnudo ante su peculiar auditorio, al que poco a poco se incorporaba la prostituta con la que compartía la cama. Con todo el jaleo se había despertado y no acertaba a cubrir sus decencias con el cobertor que colgaba de la cama. Martín hacía muchos años que conocía a Quevedo, lo había visto dormir muchas veces en el palacio y en las fincas del señor, pero la escena le sobrepasa.

—¡Martín! —gritó Quevedo—. Entra o sal, pero cierra la puerta. ¿O acaso quieres que me vea todo el mundo con el culo al aire?

Martín no supo lo que hacer, fue *La Mora* la que tuvo que tomar la iniciativa. Le agarró del brazo, tiró de él hacia dentro de la habitación y cerró la hoja de tablonos mal ajustados.

Quevedo se aseó en la palangana. Una vez que se hubo aplicado con fuerza en la cara y los brazos, la dueña le acercó un paño para que se secara. Cuando él se había secado y el paño estaba húmedo, se frotó todo el cuerpo a conciencia. Terminado su repaso higiénico *La Mora* le ayudó a ponerse la camisa limpia, siempre tenía una preparada por si surgía una emergencia. Hacía ya varios años, después de una noche de alcoholización, Quevedo se había dado cuenta de que no podía salir de la fonda, bien entrada la mañana, con evidencias de los excesos de la noche anterior. Fue entonces cuando le había ordenado al *Fabi* que le llevase una camisa a *La Mora*, para que siempre la tuviese dispuesta. Desde ese día tenía una camisa de repuesto y, cuando la utilizaba, la posadera lavaba y guardaba la sucia, sabía que más pronto que tarde le daría su uso.

Quevedo, a quien poco a poco se le iba pasando la resaca, disfrutaba con la escena. Se creía el rey vistiéndose delante de la corte, aunque lo cierto es que nunca soberano alguno, por pequeño que fuera su reino, había tenido una corte tan ruinosa como aquella. Estaba compuesta únicamente por tres personas: Martín, que aún no había conseguido centrarse, *La Mora* y *La Dientes*. *La Dientes* era la prostituta que le acompañaba esa noche, como hacía muchas otras veces. Quevedo la conocía desde hacía muchos años, cuando él era un estudiante imberbe, y ella una pobre y desgraciada labriega a la que su padre había echado de casa después de varios frustrados intentos de matrimonio. No le gustaba ninguno de los maridos que le había buscado su progenitor, y eso la condenó a que tuvieran que gustarle todos los hombres. Su padre, a la primera negativa, se contentó con una paliza; a la segunda fueron cinco las sesiones de palos; y a la tercera... fue ella la que no le dio tiempo a que le aplicase su sentencia. La noche que alrededor del fuego le dijo que se casaba, sin informarle de quien era el adjudicatario, fue la última que pasó en casa. Le dio pena no despedirse de su madre, pero así era la vida.

Llegó a Madrid, sola, con veinticinco años y sin conocer a nadie. Desesperada se postró de hinojos ante la Virgen de la Almudena y se echó a llorar.

Cuando llevaba varias horas sumida en su desesperación se le acercó un cura. Al conocer lo grande de su desgracia y lo poco, por no decir nada, que podía ofrecer, le indicó que la única salida era al prostíbulo que *La Soriana* tenía en la calle de la Montera. El cura no sólo le dio sus prudentes consejos, también le escribió una pequeña nota para que se la entregara a la antigua meretriz reconvertida en empresaria.

Cuando llegó a la casa *La Soriana* la atendió con un cariño casi maternal. Le dio de cenar, hasta tres veces para intentar paliar el hambre acumulada, y luego la tendió a dormir en una mullida cama que ella ni se imaginaba que pudiera existir. A la mañana siguiente, repuesta de la fatiga, su patrona le dijo cuáles eran sus cometidos, lo que se esperaba de ella y lo que podía llegar a ganar si sabía administrarse y no gastaba más de lo necesario. Esa noche vinieron unos estudiantes bisoños a la casa.

—Novatos y dóciles —pensó *La Soriana*—, los ideales para que la nueva se estrene.

En el pertinente interrogatorio que había hecho a su nueva pupila, ésta le había dicho que sólo había conocido una vez el pecado. Fue con una especie de novio que había tenido, y que huyó del pueblo cuando advirtió la contundencia con la que su padre había descubierto su idilio al borde del río. El padre los había pillado el primer día y a mitad de faena. Para *La Soriana* las circunstancias íntimas de su nueva pupila era lo peor que podía ocurrirle. Tenía una mujer que con sus veinticinco años estaba ya entrada en años, carecía de experiencia efectiva y encima no tenía virtud con la que hacer un buen negocio. Peor casi imposible. Pero Don Camilo, el cura que la había recomendado, era un cliente de los buenos, que además ofrecía desinteresadamente sus servicios espirituales, y no podía hacerle el feo.

En su noche de debut el bisoño Quevedo fue el primer cliente que tuvo, con ella el entonces estudiante probó las mieles de la carne. La experiencia fue un desastre, pero esas situaciones unen. Desde entonces entre los dos había una relación muy especial. El tiempo y los años habían pasado desde ese día, y las cosas habían seguido por caminos muy distintos para cada uno de ellos. Quevedo poco a poco se había ido labrando la vida con la que siempre soñó, aunque cuanto más se acercaba a la meta más crecía su ambición y desaparecían sus escrúpulos. Ella también tuvo sus años de gloria. Después de su primera vez con el que entonces era un patoso estudiante, acabó cogiendo fama y considera-

ción. Algunos nobles frecuentaron su cama, la recomendaron a sus más selectos amigos, y las leyendas de la oscuridad contaban que una noche uno de ellos la había metido en el alcázar, una noche que el rey estaba en Madrid. Nadie sabía lo que había pasado. Ella, fiel al secreto profesional, nunca había contado nada. En eso era muy mirada; era puta porque las circunstancias le obligaron a eso, pero desde el primer momento se esforzó por ser una gran profesional, dispuesta a llevarse todo sus secretos a la tumba.

Cuando estaba en el apogeo de su oficio cogió un contagio muy raro, que casualmente coincidió con su legendaria visita a palacio. Pero ella, en su oficio, nunca exigía cuentas a nadie. Fue en ese momento cuando Quevedo sintió pena de ella, y les pidió que la cuidaran a unos antiguos parientes que vivían en el campo. Se refería a ellos como antiguos parientes porque la nobleza a la que aspiraba le obligaba a aligerar su árbol genealógico. La otrora pupila de éxito pasó dos años en aquella humilde finca cerca de Santorcaz. El primer año las fuerzas no le dejaban hacer nada, pero la familia con la que estaba la cuidó con dedicación, incluso llamaron un par de veces a un médico, que fue quien un día decidió extraerle todos los dientes que le quedaban ante la voraz infección que se había adueñado de su boca.

Un año más tarde la recuperación empezó a dar sus primeros pasos. Poco a poco pudo echar una mano en las tareas de la casa. Un día el matrimonio que le cuidaba, y que se había convertido en la única familia que de verdad había tenido en su vida, vio como su único hijo dejaba el hogar para irse a vivir con su recién estrenada mujer. Fue entonces cuando le ofrecieron quedarse a vivir para siempre con ellos, pero el dolor de una infancia de golpes y palizas le obligaba a dejar el campo y regresar a Madrid.

Al regresar a la Villa y Corte lo hizo a la casa en la que había trabajado en los últimos años. La enfermedad había hecho sus estragos, el cuerpo otrora generoso y tierno, estaba ahora pellejudo. *La Soriana* le explicó que gracias a ella había conseguido elevar el nivel de la clientela de su establecimiento, pero ahora ella ya no encajaba. La negativa de su antigua patrona la condenaba a lo peor, pero en ese momento *La Soriana* le sonrió y le dijo:

— Pero si a ti no te hace falta trabajar.

— Me hace falta más que a cualquiera —respondió su antigua pupila.

Fue entonces cuando *La Soriana* le explicó que, cuando se tuvo que ir de Madrid a causa de su enfermedad, algunos de los mejores clientes habían

empezado a preguntarle por ella. A la mayoría le dijo que había regresado con su familia, pero a los pocos de confianza les contó la verdad. Entre éstos se encontraba aquél que supuestamente la habría llevado al alcázar. Al día siguiente de esta confidencia regresó y le dio a *La Soriana* un saquete con dinero para que se entregase a la pobre desgraciada cuando ésta regresara. A lo largo de los años *La Soriana* se había hecho una reputación, sus clientes sabían que era una mujer en la que se podía confiar.

Cuando la pobre infeliz recogió el dinero no sabía lo que hacer; *La Soriana* le ayudó. Gracias a los múltiples contactos que tenía le consiguió una propiedad construida en uno de los arrabales de la ciudad; y ella la compró por poco precio, de forma que aun le sobraron la mitad de los ducados del talego. Después, con el crecimiento de almas empadronadas que estaba experimentando Madrid, y en pocos años, lo que hacía bien poco era alfoz se convirtió en una zona muy demandada, casi principal. La casa, de planta baja y piso, tenía cuatro viviendas de dos piezas cada una. Ella vivía en una y las otras tres las destinaba a un alquiler que casi siempre cobraba.

Gracias a su inversión disfrutaba de una renta más que holgada para sus necesidades. Aún así su vida era bastante desgraciada. En poco tiempo todo el vecindario conoció su pasado, incluso se formó una leyenda acerca de una misteriosa enfermedad que hacía que los niños y las mujeres con aspiraciones de decencia rehuyeran la proximidad física. Tenía dinero para vivir pero no una vida para gastarlo. Poco a poco empezó a frecuentar las tabernas de un oscuro Madrid que acostumbraban aquellas mujeres que ya no estaban en condiciones de ofrecerse en las mejores casas. Eran un ejército de prostitutas castigadas por el tiempo que buscaban tanto el calor del lecho como el tintineo de las pocas monedas que podía conseguir.

Ese es el mundo al que acabó abocada, y aunque la mayoría de las veces rechazaba a los clientes, con Quevedo tenía un sentimiento que nunca había experimentado con ninguna otra persona, ni siquiera con su familia de sangre. Cuando los dos habían bebido bastante no dudaba en acompañarle para hacerle la noche más grata. Evidentemente ella lo hacía sin cobrar y Quevedo, por su parte, nunca la despreciaba, quizás por solidaridad entre tullidos, y evidentemente jamás utilizaba, ni con ella ni para referirse a ella, el sobrenombre de *La Dientes*, por el que ahora era conocida, que para el escritor ella fue siempre Brígida.

Cuando Quevedo terminó de vestirse salió de la habitación. No le dijo a Martín que le siguiera pero éste lo hizo. Mientras bajaban por la escalera *La Mora* dio un chillido. Cuando llegaron a la planta baja, una de sus hijas ya estaba sirviendo una taza de reconstituyente sopa para que el más fiel de sus clientes no se fuese con el estómago descompuesto.

Apuró el reconstituyente y salió a la calle. El sol, que ya estaba alto, le cegó en un primer momento, pero rápidamente se adaptó a las nuevas circunstancias. Fue entonces cuando miró a Martín y le lanzó una especie de gruñido.

La fonda estaba en la calle Santa Isabel, casi al otro lado de Madrid, pero a buen paso en menos de diez minutos podían estar en el palacio de Osuna. Quevedo echó a caminar calle arriba. Llegó a la calle Atocha, y en pocos minutos a la Puerta del Sol. En los últimos años esta salida de Madrid había sido absorbida por la ciudad, aunque conservaba el nombre de la antigua puerta que allí había construido Felipe II y que, por estar orientada hacia Oriente, había sido decorada con un sol. Desde hacía no mucho tiempo bullía la actividad por la zona, especialmente la destinada al mercado religioso, sólo en esta plaza había tres conventos en construcción; y el mercado de la carne, desde los conocidos prostíbulos de la calle de la Montera al más selecto y distinguido de la zona, que tomaba el nombre de Las Soleras por su localización.

Todas estas ideas bullían por la cabeza de quien aspiraba a sabio, que en ningún momento dedicó palabra alguna a quien le había secuestrado de su resaca. Enfilaron la calle de los Preciados, por la que llegaron hasta la plaza de Santo Domingo. En una de sus esquinas, en lo que era la zona más alta de la Villa, Osuna tenía su casa. Era una residencia aparentemente modesta, en ningún caso tenía la alcurnia de sus posesiones en el campo, pero tenía un elemento que la convertía en única; una pequeña torre a modo de atalaya, desde la que se observaba todo Madrid. Osuna tenía la residencia particular más alta de la Corte, y en aquellos tiempos de apariencia eso era un valor más que añadido.

Quevedo cruzó la puerta y entró en el zaguán con la confianza de quien se consideraba casi un señor en aquella casa. Martín llegó a los pocos segundos; su edad no le permitía aguantar el agitado ritmo que le habían marcado en el caminar y daba señales de fatiga. Fue en ese momento cuando Quevedo se dirigió por primera vez a él desde que el administrador había asistido a su sesión de aseo y vestido.

—Dime ahora qué es lo que ocurre.

—Don Francisco, por favor, haga el favor de acompañarme.

Esta actitud de Martín era lo que más le molestaba. Prácticamente acababa de secuestrarle, había sido testigo de su intimidad, y le trataba con la frialdad con la que hubiese recibido a un desconocido que acaba de llamar a la puerta. Pero a Quevedo eso ya no le irritaba, y no lo hacía porque no le importaba lo que pudiera pensar aquel a quien él consideraba menor y totalmente prescindible para sus aspiraciones.

El administrador subió escaleras arriba hacia la primera planta. Quevedo le siguió, e hizo lo mismo cuando entró en la biblioteca. En esa estancia, donde se había cocinado la intriga para conseguir el nombramiento de Osuna como virrey de Sicilia, le esperaba al literato una sorpresa que jamás se podía imaginar. Allí le aguardaba una mujer, de esas que no existían, de las que parecen salidas de la pluma más exigente del escritor más refinado. Era una mujer muy atractiva, pese a rondar los treinta y tantos años. De porte menudo y aire desenvuelto llevaba el cabello recogido en un moño bajo sujeto con redecilla; descansaba una cara menuda y muy dibujada sobre una gran gola de abanillos de las que no se ven en la corte española.

—Señora marquesa... —dijo Martín—, le presento a Don Francisco de Quevedo.

La misteriosa mujer saludó a Quevedo con una leve sonrisa que denotaba una complicidad que su destinatario no sabía qué podía significar. Era elegante, pero de una manera especial; tenía una galanura que nunca había visto, ni siquiera en las más altas damas de la Corte. Había en ella algo extraño, muy difícil de explicar, como una mezcla increíble de señorío en el porte y picardía en las maneras; una apariencia orgullosa y distante entrelazada con una mirada un punto canalla que hacía a sabidurías antiguas aprendidas en la vida de lance.

Mientras él la escrutaba sin ningún disimulo y mucho menos recato, ella le dejaba hacer sin dejar de sonreír por ello, o tal vez precisamente por ello, pero cuando consideró la dama que la descarada observanza del invitado debía acabar, para que la mirada de Quevedo volviera a su sitio y dejara de pasarse por el perfil de su cuerpo, suprimió la sonrisa y un rictus de severidad anunció a las claras que ella volvía a coger las riendas. Y sin darle opciones le ordenó con un gesto, que no se lo pidió con la palabra, que se sentase en una silla que Quevedo nunca había visto en aquella estancia.

El escritor se enderezó en su cojera como pudo, turbado por lo que más que confianza era desplante, y se arrimó al escabel sin dejar de mirar la mano derecha de la dama, la que le señalaba hacia el asiento. Era una mano pequeña y cuidada que llevaba más anillos que los que en toda su vida había visto en adorno de señora alguna. Brillantes, rubíes y esmeraldas brillaban tanto como sus ojos, por demás divertidos ante la desazón del visitante, pero había uno en especial que deslumbraba por su tamaño y finura.

—Siéntese, señor —insistió la anfitriona, dirigiéndole la palabra por primera vez.

Y eso es lo que hizo Quevedo, sumiso, que obedeció y no rechistó, y se fue hacia la silla que le había señalado aunque fuera pequeña, seguramente incómoda, y estuviera colocada cerca de un trabajado sillón que ocupó la mujer a la que el administrador había llamado marquesa. Era indudable que la anfitriona quería marcar las distancias con su invitado.

La misteriosa mujer sonrió, con un punto de ironía entre los labios. No sólo se comportaba como si fuese la dueña de la casa, que eso se notaba porque había mandado cambiar los muebles de sitio, cosa que Quevedo conocía porque no era la primera vez que pisaba la estancia, sino por cómo se había comportado ante él.

Las dos palabras pronunciadas por la mujer le habían bastado a Quevedo para saber que se las tenía con una italiana, por lo evidente de su acento siciliano. Al mirarla otra vez, y tal vez por eso, encontró en sus ojos el color azul de las aguas del Mediterráneo. Su pelo oscuro y ondulado, los labios carnosos y muy dibujados y esos ojos azules eran señal de patria que sólo conocía en mujeres de esa isla donde los griegos labraron su mejor arte.

El escritor estaba confuso; hasta ese momento su amigo Osuna se había limitado a enviarle cartas y obsequios, pero ahora le enviaba una mensajera que se comportaba como si fuera la señora de su casa en Madrid, y eso no era normal. Eran tantas las cosas que pasaban por su cabeza que no podía adivinar cuál de ellas era la acertada. Lo que en ningún caso podía imaginarse es que ese día iba a cambiar su vida para siempre.

La cabeza de Quevedo trabajaba de prisa para adaptarse a la nueva situación que se le presentaba. Por su forma de entender la vida, como una gran conspiración, no le gustaban las sorpresas porque eran enemigas de la previsión, y a él le gustaba tener todo atado, y bien atado. La última media hora había sido una continua concatenación de acontecimientos inesperados, era necesario poner punto y final a aquella avalancha de novedades que habían truncado su particular mañana de resaca.

—Siento que nuestro encuentro haya sido tan precipitado, don Francisco —le dijo la misteriosa mujer, ya sentada en el sillón principal.

Quevedo, cuyos ojos quedaban un palmo por debajo de los de ella, en parte por la menor altura de su asiento y, además, por su menor talla, no respondió a la dama y se la quedó mirando, como esperando que la desconocida continuara con el parlamento.

La dama había empezado la frase con la palabra «siento», y eso, según quiso entender Quevedo, era una muestra de debilidad ante su interlocutor. Dedujo que estaba nerviosa, tal vez inquieta por la misión que se traía entre manos y decidió no responderle, quería que fuese ella la que tomase la iniciativa de la conversación. El escritor no quería mostrar sus cartas, aunque no las tuviera, sin estudiar antes las de su anfitriona. Al menos con esas intenciones esperaba comenzar el lance.

Desde que era un adolescente se había adiestrado en el arte de la esgrima y con esas reglas pensaba batirse ahora. En todo Madrid era conocida su pericia con la espada, habilidad que se salpimentaba con las leyendas de no pocos duelos en los que había salido victorioso. El más famoso había correspondido a un lance con Luis Pacheco de Narváez, un espadachín y escritor como él, que era maestro de armas y había publicado el *Tratado de la verdadera destreza*

contra la destreza común, referido al uso de la espada en el arte de la esgrima. En cierta ocasión coincidieron los dos escritores en casa del conde de Miranda, que era presidente del Consejo de Castilla, y dieron en discutir ante el anfitrión; Quevedo porfirió que no había estocada imbatible, como preconizaba Pacheco en su libro. Tras la porfía vino el reto y los dos se batieron para comprobar sus tesis. La cosa terminó a favor de Quevedo que consiguió, con un golpe de espada en el sombrero del maestro, descubrirle y dejarle en vergüenza ante toda la reunión. Desde entonces Pacheco odiaba al escritor, y Quevedo, encima, echaba leña al fuego diciendo del espadachín que era un «embelecador de geometría y falso esgrimidor o le llamaba «Don Hez, el cornudo esgrimista».

Su maestro le había enseñado que, a la hora de cruzar el acero, la victoria no cae del lado del más habilidoso con la muñeca sino del más sagaz con los ojos. La clave reside en estudiar al contrincante, para eso hay que darle espacio y dejar que se mueva. Eso es lo que estaba haciendo con la misteriosa marquesa, cuya verdadera identidad seguía sin alumbrar. Un leve parpadeo de la interfecta creyó confirmarle en lo acertado de su estrategia.

El silencio era sepulcral y los dos seguían impertérritos en esa danza quieta de los ojos, en que cualquier visaje de la cara era palabra muda entre ellos cerca de ese peculiar combate de silencios.

La marquesa no se imaginaba que el poeta le iba a aguantar la situación con tal desplante y el ambiente se iba tensando por momentos.

Mientras la mirada de la bella se quedó en el entrecejo del poeta —«ya escampará» se dijo ella— el recuerdo se le fue a Italia.

La marquesa conocía a Osuna prácticamente desde que el virrey tomó posesión de su cargo en Sicilia. Había trabajado en muchas ocasiones para él, la mayoría en asuntos que requerían siempre una gran delicadeza y una imprescindible discreción. Su sagacidad y buen hacer le habían grajeado el reconocimiento de su... la verdad es que no sabía como referirse a Don Pedro Girón. Amo no lo consideraba por su condición de noble, patrón sería indigno de una mujer de alcurnia, amante tampoco procedía aunque en ocasiones compartiesen el lecho. Muchas veces se había detenido a considerar esa relación, pero nunca había sacado una conclusión acertada que fuese más allá de definirlo como quien le generaba los recursos necesarios para vivir sin estrecheces, que era como a ella le gustaba hacerlo.

A lo largo de los últimos dos años se había convertido en su persona de confianza en Sicilia. Ella lo sabía, no porque Osuna se lo hubiese reconocido, sino por la importancia y el alcance de las empresas que le había encomendado. El virrey era una persona generosa, y no tenía problemas en reconocerle su valía, tanto con palabras como con la entrega de cuantiosas cantidades de dinero. En la pequeña corte que había creado en Palermo la marquesa era el centro de las comidillas. Y lo era, no tanto por sus ocasionales visitas íntimas, sino por aquellas circunstancias que la revestían de una autoridad de la que no disfrutaban ninguno de los nobles sicilianos.

A lo largo de los dos últimos años había conseguido el reconocimiento del virrey de Sicilia, se había convertido en una pieza indispensable para el engranaje del gobierno. Había despertado la envidia de los poderosos, lo que la hacía odiada y temida, y eso la llenaba de orgullo. Pero en ese orgullo tan hinchado, que tenía su reflejo en una bolsa que antes de la llegada de Osuna no estaba en condiciones ni de conseguir el más modesto de los créditos, había algo que le molestaba hasta límites insospechados, la admiración que Don Pedro Girón sentía por Francisco de Quevedo, algo que nunca había experimentado hacia ella, ni siquiera en los momentos más íntimos.

La razón de su entrevista con Quevedo tenía su origen en una reunión que mantuvo con Osuna hacía algo menos de un mes. En ese encuentro, además de despachar los asuntos habituales que le había encargado, Osuna le planteó su gran aspiración. El virreinato de Sicilia era un buen destino, pero no el definitivo, quería subir un nuevo peldaño en la escalera del poder. La marquesa entendió el deseo de Osuna como un reto para ella, si lo conseguía ya no habría nada que pusiera coto a sus ambiciones. Escuchaba atentamente las palabras del virrey mientras se veía coronada, no de laurel, que eso es el pan de los héroes muertos, sino de oro y poder. Estaba disfrutando con su imaginación cuando Osuna dijo algo que le cayó como un jarro de agua fría:

—La empresa es grande, y si queremos hacerla posible es necesario que contemos con Quevedo. Él es el único que puede conseguirnos la llave de Nápoles.

La marquesa se quedó muda, pero reaccionó rápidamente. Si quería seguir subida al barco tenía que aceptar a la nueva tripulación que proponía el patrón. Hacer lo contrario seguramente habría sido condenarse al ostracismo, o algo peor para que el virrey se asegurara el silencio de quien había sido su gran colaboradora, por no decir cómplice.